

ECOLOGÍA Y CONVERSIÓN

Prof. Eduardo Calcín Figueroa

Docente del Departamento de Filosofía y Teología

En las páginas del Génesis, en las cuales se recoge la autorevelación de Dios a la humanidad (Gn. 1-3) se repiten como un estribillo las palabras «Y vio Dios que era bueno». Dios confió al hombre y a la mujer todo el resto de la creación y entonces pudo «descansar de toda la obra creadora» (Gn. 2,3). Desde esta perspectiva, el judeo-cristianismo afirma que el ser humano fue creado para ser el encargado de la Tierra en cuanto jardín del Edén, estableciendo una relación ordenada entre los hombres y la creación entera. Creados a imagen y semejanza de Dios, Adán y Eva debían ejercer su dominio sobre la tierra (Gn. 1, 28) con sabiduría y amor. Véase a San Francisco de Asís, quien se sentía hermano y hermana de cada criatura, desde la estrella más distante hasta el animal más humilde del campo.

Ellos, en cambio, en su pecado destruyeron la armonía existente, poniéndose deliberadamente contra el designio del creador. En este proceso de enemistad entre el ser humano y la Tierra hay culpa y pecado. Esto llevó no sólo a la alineación del hombre mismo, a la muerte e incertidumbre, sino también a una especie de rebelión de la tierra contra él (cfr. Gn. 3, 17-19. 4, 12). (1)

Estas reflexiones bíblicas iluminan mejor la **relación entre la actuación humana y la integridad de la creación**. El hombre, cuando se aleja del designio de Dios creador, provoca un desorden que repercute inevitablemente en el resto de la creación.

La experiencia de este «sufrimiento» de la Tierra es común también a aquellos que no comparten nuestra fe en Dios. De este modo, no estarían a la vista todas las crecientes devastaciones causadas en la naturaleza por el comportamiento irresponsable y desmedido de los hombres, indiferentes al orden y armonía pre-establecidos por Dios en la creación.

Pero, ¿cómo ha sido posible que hayamos llegado a la situación actual de estado de guerra declarado entre el ser humano y la naturaleza?

El estado del medio ambiente es sombrío:

- Las tierras de cultivo y pastoreo se encuentran bajo presión en todas partes, amenazando la producción agrícola.
- Las selvas, particularmente las tropicales, están disminuyendo rápidamente en extensión.

- Los recursos hidrobiológicos se están extinguiendo en muchas partes del mundo, la explotación y exploración de los minerales y el petróleo de los fondos oceánicos suponen toda una amenaza para el medio ambiente.

- La contaminación ambiental y las lluvias ácidas constituyen un grave problema en muchas regiones y crece la amenaza a largo plazo con respecto a la atmósfera.

- Los asentamientos humanos continúan extendiéndose sobre tierras agrícolas de primera calidad, al mismo tiempo que el paisaje y las áreas urbanas continúan deteriorándose.

¿Habrá habido algún equívoco profundo, algún error grave en las culturas, en las religiones, en las tradiciones espirituales y en los procesos pedagógicos de socialización de la humanidad que no han conseguido evitar el estado dramático actual?

La teología, la filosofía y la ciencia concuerdan en la visión de un universo armónico, un verdadero «cosmos» dotado de una integridad propia y de un equilibrio interno y dinámico.

1. Juan Pablo II. Ecología. El hombre y la naturaleza 01-01-90 n.3

Por otra parte, la tierra es esencialmente una herencia común, cuyos frutos deben ser para beneficio de todos. «Dios ha destinado la tierra y cuanto ella contiene, para uso de todo el género humano» (GS n.69).

La crisis ecológica pone en evidencia la **urgente necesidad moral de una nueva solidaridad** entre los hombres y la búsqueda de una nueva armonización en la convivencia entre el hombre y la naturaleza. Puesto que, la sociedad actual no hallará una solución al problema ecológico, si no revisa seriamente su estilo de vida. La grave falta de amor del hombre hacia Dios en su propia creación, con relación a su prójimo, tanto en el entorno humano, como en el mismo entorno natural, lo llevó a generar procesos de dominación personal y social. El deseo de poder y acumulación, el afán de consumo per se, sin reconocer que el exceso de recursos naturales que yo empleo, lo estoy haciendo a costa de un hermano que no podrá alimentarse, vestirse, o sanar su quebrantada salud, así como la alimentación excesiva en carnes y otros productos en la naturaleza, lo hacemos a costa de la destrucción de animales, selvas o bosques. De nada de esto es consciente el hombre, quien ha olvidado el gran mandato de "amar al prójimo como a sí mismo". Y entendiendo como prójimo no

solamente a los seres humanos, sino todo lo que está próximo al hombre y el ambiente en que vive. La convivencia humana, dentro de este contexto, en sí misma y con su medio, ha estado caracterizada por el egoísmo, la destrucción y la ignorancia, lo que hace necesario que sea revisado al tenor de los mandatos evangélicos.

Tenemos la urgencia de aprender a verla, a mirarla, más aún a admirarla. Inspirándonos en la manera de actuar de Jesús; encontraremos excelentes pistas para ello. Jesús como hombre, utilizó la observación de la naturaleza con una fineza extraordinaria (Mt. 6, 28-30; 7, 16-20; 13, 3-23 y 31-32). También el pueblo Israel, vio en la creación entera la presencia vital del Dios actuante cuando exclama: "El cielo proclama la obra de Dios, el firmamento pregona la obra de tus manos" (Sal. 18,2).

La aceptación de Dios no queda restringida al cumplimiento de unos mandatos morales, su exigencia apunta al establecimiento de una armonía tridimensional: personal, social y ecológica. La paz interior que Dios otorga al hombre, trasciende y se concretiza en actos de benevolencia, amistad y ternura; dado que el amor se proyecta a los otros. La naturaleza no queda excluida. Considerando que el hombre se desarrolla den-

tro de un medio, éste no escapa a los efectos del actuar humano.

Sin duda, **el desequilibrio del sistema se debe al egoísmo del hombre**, en cuanto mira su propio beneficio. Los otros hombres –en los países menos desarrollados– sufren las consecuencias de una explotación desmedida y una industrialización avasalladora, produciendo en muchos casos, el envenenamiento de los suelos, la contaminación atmosférica y química de los alimentos, etc. En los últimos tiempos se han conseguido tecnologías más avanzadas y menos depredadoras, pero están reservadas prácticamente a los países ricos. En el sistema actual, hoy mundialmente integrado, la tecnología no está socialmente integrada; es decir, no produce beneficios para todas las sociedades, sino sólo para aquellas que la producción científico-teórica, excluyendo a los demás o cediéndoles las informaciones.

Sin duda la solución al problema ecológico va más allá de los alcances tecnológicos, porque las cosas son en sí mismas indiferentes, somos nosotros quienes hacemos buen uso o mal uso de ellas. Es necesario, la conversión del hombre para revertir el camino o reparar el daño ya provocado. Sólo así se podrá restablecer esa armonía instaurada por Dios desde la creación.